

LA IMPORTANCIA GEOESTRATÉGICA DEL ÍNDICO EN EL SIGLO XXI

Ricardo ÁLVAREZ-MALDONADO MUELA



Marco geográfico



El océano Índico se adentra en el seno abierto al sudeste de la isla del Mundo, masa continental que abarca Eurasia y su península africana unida a ella por el istmo de Suez, ahora cortado por un canal artificial.

La posición geoestratégica del Índico en relación a Asia es muy parecida a la del Mediterráneo respecto al continente europeo, que tan relevante papel ha jugado a lo largo de la historia como plataforma de proyección e influencia del Poder Naval sobre sus riberas.

Como puede apreciarse en la figura 1, al oeste, el Índico baña la costa africana y al este lo limita la península malaya, el arco insular indonesio y la costa occidental australiana. Al norte del Índico se encuentra la costa meridional de Asia, de la que sobresale la prominente cuña de la península Indostánica que lo parte en dos: el mar Arábigo al oeste de ella y el golfo de Bengala a levante.

Un profundo entrante en dirección al Mediterráneo, el mar Rojo, separa la península Arábiga del nordeste de África. Y otro, al oeste de dicha península, se interna en el corazón del Oriente Medio: el golfo Pérsico. Mencionarlo significa sacar a colación dos sensibles temas de actualidad: petróleo y mundo islámico.

Recursos

Pese a las limitaciones impuestas en el año 2000 por la OPEP para mantener el precio del barril en 25 dólares y a las sanciones a Irak, los países ribereños del golfo Pérsico produjeron más del 25 por 100 del petróleo obtenido en todo el mundo.

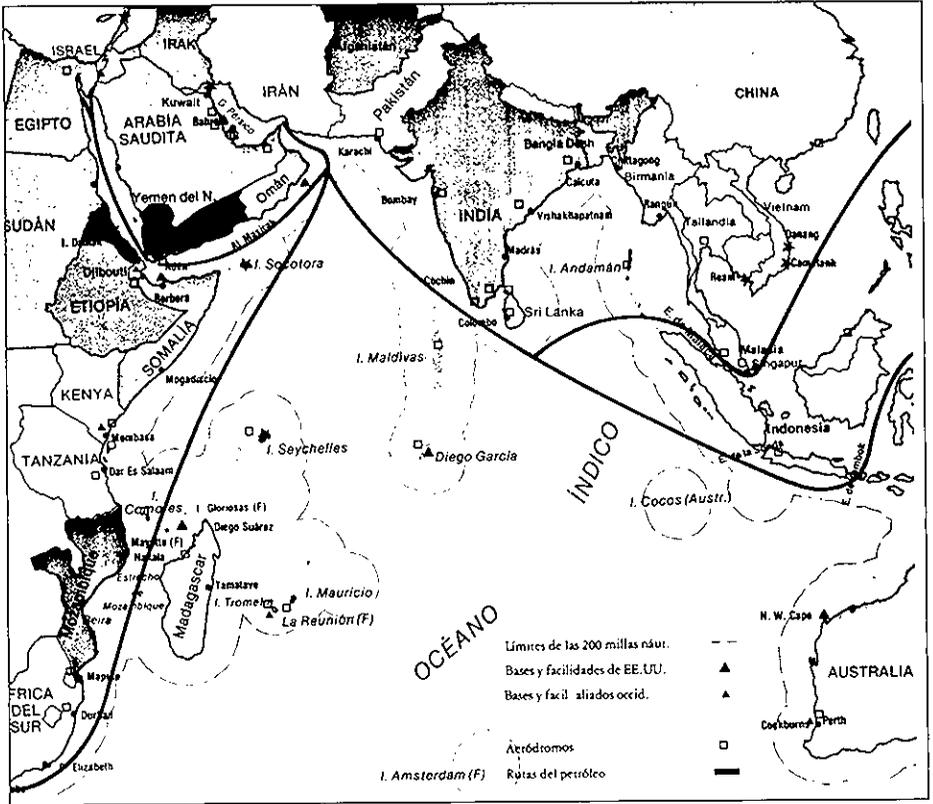


Figura 1. El océano Índico

Las reservas confirmadas de petróleo de la península Arábiga alcanzan el 54 por 100 de las mundiales y las del conjunto de todos los países del Oriente Medio superan el 65 por 100.

En cuanto a gas natural, Oriente Medio tiene el 33 por 100 de las reservas mundiales confirmadas, siendo Irán y Arabia Saudí los principales países productores de la zona. Aparte de estos países, en las riberas del Índico y en su plataforma continental, hay petróleo y gas natural en Indonesia, costa occidental de la India y sur del Sudán.

La India y Australia figuran entre los cuatro primeros países productores de carbón. Sudáfrica y Australia son grandes potencias mineras. Aparte de metales preciosos, obtienen uranio, titanio, hierro y otra gran variedad de minerales. En la India hay cromo y hierro, y en Indonesia cobre, estaño y níquel. La India es el tercer productor de cereales del mundo y el segundo de arroz. Australia es gran exportador, aparte de tener carbón, trigo, lana, carne y

gran variedad de minerales. Las exportaciones de todos estos países se realizan por vía marítima, la mayor parte por el Índico. De ahí su importancia comercial para la economía mundial.

La plataforma continental del Índico es abundante en pesca, principalmente la de las islas de la costa africana y otros archipiélagos. Todos los países del Índico admiten las doce millas de mar territorial y las doscientas de ZME.

Economía

En función de su renta per cápita a paridad del poder adquisitivo, los países ribereños más ricos del Índico son Australia y la ciudad-estado de Singapur en una de sus entradas desde el Pacífico. Siguen los países petroleros de la península Arábiga y después Sudáfrica.

Irán está situado en la media mundial, que es de unos 5.300 dólares. Toda su economía tiene por base la exportación de petróleo. Pese a ello el 13 por 100 de la población iraní vive por debajo del umbral de la pobreza.

Los países del subcontinente indostánico, la India, Pakistán y Bangladesh, están muy lejos de alcanzarla. Pero la India, aunque tiene solamente unos 2.300 dólares de renta per cápita, desde la parcial liberalización de su economía hace trece años, ha experimentado un crecimiento anual constante de más del 6 por 100, sin afectarle la crisis asiática. Dicho crecimiento sólo ha sido superado en su entorno por el de Singapur, que ha llegado al 9 por 100 una vez pasada la indicada crisis.

La economía de Pakistán, en cambio, ha permanecido estancada, debido en parte a las sanciones que se le impusieron por llevar a cabo sus pruebas nucleares. De los tres países indostánicos, Bangladesh es el más poblado y el más pobre.

Por debajo de la media mundial están veinte países ribereños del Índico, siendo los más pobres Sudán y Somalia y paupérrimo Tanzania, con tan sólo 500 dólares de renta per cápita.

Las zonas más industrializadas de las riberas del Índico se encuentra en Bombay, Madrás y Calcuta, en la India; Perth y Fremantle, en Australia, y Durban y El Cabo, en Sudáfrica.

En el año 2000, a las 28 centrales nucleares entonces en construcción se añadieron seis más. De ellas, tres en la India y una en Pakistán. Parece que estos países han apostado preferentemente por esta fuente energética.

El transporte marítimo

Por el Índico, el tráfico más importante es el de hidrocarburos procedente del golfo Pérsico, vital para la economía mundial. De él salen tres importantes

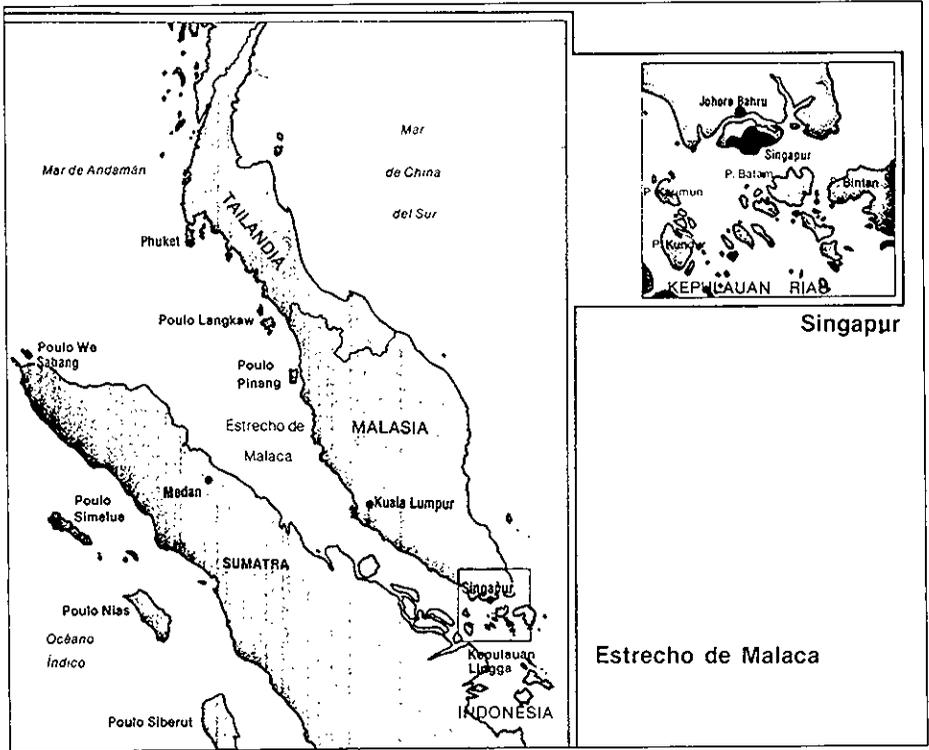


Figura 2. El estrecho de Malaca. Singapur sigue siendo una de las posiciones claves del Asia del sudeste, tanto en el plano estratégico como en el económico.

líneas de comunicación marítima: la que baraja la costa sur de la península Árabe y que por el mar Rojo llega a Suez; la que va a El Cabo por el estrecho de Mozambique o por el este de Madagascar, y la que se dirige al Extremo Oriente, bien por el estrecho de Malaca, bien por los de Lombok o de La Sonda (ver figuras 2 y 3). De la costa oeste australiana parten dos importantes líneas de comunicación marítima: la que va a Suez por el mar Rojo y la que se dirige al Atlántico doblando El Cabo.

Desde el éste, en línea diagonal, cruza el Índico parte del tráfico marítimo, siguiendo la ruta de las Mascareñas, dirigiéndose al estrecho de la Sonda para llegar al Extremo Oriente.

Aunque en la actualidad cerca de 20.000 buques al año y más de 300 millones de toneladas pasan por el canal de Suez, éste ha perdido relevancia en lo que atañe al tráfico petrolero, gran parte del cual sigue la ruta de El Cabo cuando los superpetroleros van cargados.

Los puntos focales más importantes del tráfico son naturalmente los de

paso obligado: el estrecho de Ormuz, vital para la salida del petróleo del Golfo, el de Bad el Manded y el canal de Suez. Por el primero desfilan las dos terceras partes del tráfico petrolero mundial. Y, en Indonesia, los ya citados estrechos de Malaca, Sonda y Lombok.

Por la confluencia en ellas de grandes líneas oceánicas, las aguas del extremo sur de África constituyen uno de los puntos focales más importantes del tráfico marítimo mundial. Por la «ruta de El Cabo» pasan los barcos que desde el Índico van a Europa y América y los que de vuelta encontrada se dirigen a Asia, Australia y Nueva Zelanda.

Los puertos más importantes del Índico se encuentran en la India. Son los de Bombay (con diferencia), Madrás y Calcuta. Bombay es una megalópolis con 12 millones de habitantes y cuenta con importantes astilleros de construcción naval. Los tres están situados en zonas industriales y son puertos de salida y entrada de mercancías a un país de más de 1.000 millones de habitantes.

Singapur es el primer superpuerto del sudeste asiático, con una situación estratégica privilegiada a la entrada oriental del estrecho de Malaca.

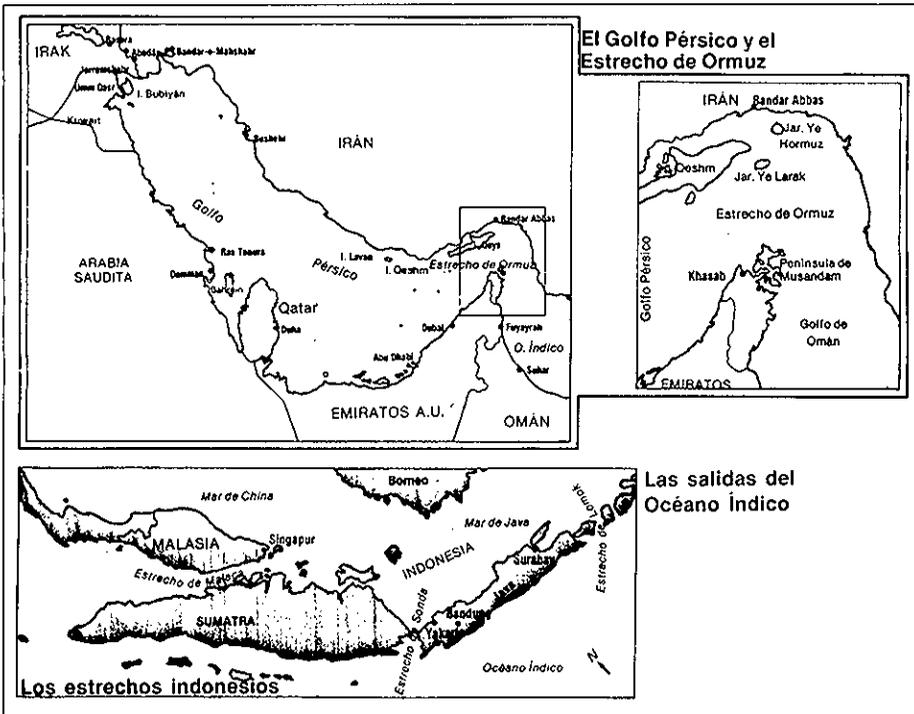


Figura 3. El golfo Pérsico y el estrecho de Ormuz y las salidas del océano Índico.

La ciudad-estado de Singapur es un emporio de riqueza con una flota mercante en él abanderada de 13,6 millones de toneladas.

En Yemen se encuentra el magnífico puerto natural de Adén y en su bahía pueden fondear los más grandes petroleros.

Despliegue militar

De las naciones ribereñas, la Unión India es la mayor potencia militar. Posee la bomba atómica desde 1974. Tiene un ejército de 1.300.000 hombres y una fuerza aérea con 800 aviones de combate. Su flota, con dos portaaviones y quince submarinos, es cuantitativamente superior a la de cualquier otro país de la región.

Las bases navales principales de la India se encuentran en Bombay y Goa en el mar Árabe, Cochin en el sur y la moderna de Vishapman en el golfo de Bengala. En las islas de Andamán ha establecido la base naval de Port Blair. Desde mucho tiempo atrás, la Marina de guerra de la India ha tenido en servicio unidades y sistemas de armas de origen soviético y, ahora, ruso. También posee buques y material de procedencia británica.

El citado archipiélago de Andamán configura una barrera natural arqueada en posición geobloqueante respecto a la embocadura occidental del estrecho de Malaca.

La principal base naval de Pakistán es Karachi. Su potencia militar es muy inferior a la de la India.

La importancia del Índico desde el punto de vista comercial y la conflictividad existente en sus riberas, que tanto puede afectar a sus intereses, indujeron a los Estados Unidos a mantener una presencia aeronaval permanente y un despliegue militar importante en la región, apoyado en distintas bases, ya antes del 11 de septiembre de 2001.

La principal base aeronaval norteamericana en el Índico es la de Diego García, un atolón coralífero en forma de herradura y 20 kilómetros de longitud en el archipiélago de Chagos, perteneciente al llamado British Indian Ocean Territory. Esta base ha sido cedida por el Reino Unido a los Estados Unidos.

Este territorio británico, al sur de las islas Maldivas y a 900 millas de la India, en el centro del Índico, y está constituido por el mencionado archipiélago de Chagos extendido en 21.000 millas cuadradas. Su posición geocéntrica tiene gran importancia estratégica.

Diego García cuenta con todas las instalaciones necesarias y una larga pista de vuelo para bombarderos de gran radio de acción. En el atolón han permanecido «preposicionados» en permanencia cinco buques de transporte de gran tonelaje con el material pesado de la Brigada de Infantería de Marina Aerotransportable de Intervención Rápida y que, como veremos, ha desempeñado un papel muy importante en el reciente conflicto de Afganistán.

En la península Arábiga las Fuerzas Armadas estadounidenses disponen de distintas instalaciones. En Arabia Saudí, la base aérea de Al Kharj cerca de la capital, Riyah; en Bahrain otra base aérea y el Cuartel General de la V Flota; en Omán, tres bases aéreas, Al Masirah, Salalah y Muscat Seeb, y en Kuwait, aparte de otra base aérea, hay desplegadas unidades del Ejército de Tierra (unos 20.000 hombres) y material preposicionado para fuerzas mecanizadas y acorazadas (unos 500 carros). La frontera de Kuwait con Irak está protegida con zanjas anticarro.

La Marina norteamericana cuenta con instalaciones de apoyo logístico en Singapur y Adén, y en Australia estaciones de comunicaciones y de seguimiento de satélites y bases de utilización conjunta en Cabo Noroeste y Fremantle. Norteamérica firmó el pacto militar ANZUS con Australia y Nueva Zelanda.

Los Estados Unidos destacan al Índico unidades pertenecientes a la VI Flota y a la VII del Mediterráneo sobre todo con bases en Yokosuka, Okinawa y Subic Bay (Filipinas). Con motivo del conflicto afgano reactivaron su V Flota que en Bahrain tiene su cuartel general y que con unas veinte unidades se situó en el golfo Pérsico. En esta ocasión la Marina norteamericana llegó a desplegar en el Índico cuatro grupos de combate de portaaviones (CVBG). También se concentraron en el mar Arábigo dos agrupaciones anfibas (ARG)

En octubre de 2001, además de los ataques de la aviación embarcada, se lanzaron *strikes* sobre Afganistán desde Diego García, e incluso desde los Estados Unidos con superbombarderos *B-1*, *B-2* y los antiguos *B-52 Stratofortess* y se recurrió al aprovisionamiento en vuelo. Los *B-2* que despegaron de la base aérea de Whiteman (Misuri) y de regreso tuvieron que rellenar en Diego García.

Inicialmente los cazabombarderos *F-15E* y *F-16* de la aviación norteamericana basados en la península Arábiga no tuvieron autorización para efectuar vuelos de combate sobre Afganistán. En principio, los acuerdos para utilizar estas bases con los correspondientes gobiernos árabes tenían por objeto la vigilancia de las zonas prohibidas de vuelo establecidas sobre Irak en cumplimiento de las resoluciones de la ONU. Sin embargo, más tarde obtuvieron autorización del Gobierno kuwaití para operar en Afganistán desde Kuwait.

Los bombardeos sobre objetivos terrestres en Afganistán fueron iniciados y complementados por el lanzamiento de misiles *Tomahawk* desde buques de superficie y submarinos; de éstos, tres británicos.

Dos países europeos solían mantener su presencia aeronaval en permanencia en el Índico antes de que se llevaran a cabo los ataques a Afganistán: el Reino Unido y Francia. El primero tenía generalmente apostada una agrupación naval de varios buques y un destacamento de Royal Marines en Diego García pero, para llevar a cabo las operaciones contra Afganistán y de control del tráfico marítimo que siguieron, destacaron al Índico una importante fuerza naval con un portaaviones, un portahelicópteros y varios buques anfibios.

Actualmente dicha operación, llamada LIBERTAD DURADERA (ENDURING FREEDOM), tiene por objeto la obtención de inteligencia y el reconocimiento de buques mercantes para impedir el tráfico ilegal de armas.

Francia solía desplegar en el Índico una agrupación naval con medios anfibios al mando de un almirante, ALINDIEN. Como es sabido, Francia conserva en el Índico la isla de La Reunión y en su ex colonia de Djibuti una base aeronaval de gran valor estratégico, con una escuadrilla de aviones *Mirage*. En la primavera de este año la Marina francesa llegó a tener en el Índico en la operación ENDURING FREEDOM una treintena de unidades navales de distinto tipo, entre ellas el portaaviones de propulsión nuclear *Charles De Gaulle* y un submarino nuclear de ataque.

La Armada española ha destacado al Índico dos fragatas y un buque de aprovisionamiento logístico.

El mundo islámico

Unos ochocientos millones de musulmanes habitan en los países ribereños del Índico, realidad que impone prestar la atención que merece el mundo islámico en este marco geográfico.

Como es sabido, el islam oriundo de Arabia se propagó con inusitada rapidez hacia poniente y hacia levante una vez que los primeros califas dominaron todo el Oriente Medio. La invasión musulmana de la India se produjo en el siglo x procedente de Persia. Los mercaderes musulmanes, atraídos por las riquezas de las islas indonesias, llevaron a ellas el islam.

Hoy el mundo islámico se extiende desde el golfo de Guinea a Kazajstán en Asia central, y desde la costa atlántica de Marruecos a la isla de Nueva Guinea, en el Pacífico.

Actualmente unos 1.200 millones de personas son musulmanes, número que se incrementará considerablemente en esta década debido al crecimiento demográfico de los países islámicos.

De los 34 países ribereños e insulares del Índico, únicamente tres no tienen población musulmana: Australia, Sudáfrica y las Seychelles. En Kenia, Sri Lanka, Tailandia y Birmania la minoría musulmana no llega al 8 por 100. Pero en los 27 países restantes las mayorías o minorías musulmanas son muchísimo más significativas.

Los países con mayor población musulmana son Pakistán, 136 millones, y Bangladesh, 127 millones. En Indonesia viven 93 millones y en la Unión India, 121. Número elevadísimo si se tienen en cuenta los éxodos masivos de población a que dio lugar la creación de dos estados en la península Indostánica para separar la comunidad musulmana de la hindú. Esta traumática escisión se produjo no por decisión británica, sino porque tanto el Partido Indio del Congreso como la Liga Musulmana de la India fueron incapaces de olvidar

sus odios y zanjar sus diferencias, por lo que tuvieron que avenirse a la partición de la India británica en dos estados: la República Islámica de Pakistán que, inicialmente, también incluía el actual Bangladesh, y la Unión India.

La división de la India británica ha dado lugar a reiterados conflictos armados entre el Pakistán musulmán y la Unión India, que al sentirse mutuamente amenazados emprendieron una carrera de armamento que, pese a la penuria en que viven sus ciudadanos, les ha convertido en potencias nucleares. De ahí que el latente y estancado conflicto de Cachemira, donde siguen los atentados de los independentistas en territorio indio, entrañe mayor riesgo de intercambio nuclear que ningún otro en el resto del mundo. No sólo por la tensión existente, acentuada últimamente por el despliegue de ingentes contingentes de tropas a lo largo de la frontera trazada arbitrariamente, vieja enemistad de los litigantes y los agravios mutuos inferidos, sino porque, según afirman los mediadores, ante este problema, en gran parte debido a la intolerancia religiosa, «el sentido común desaparece del subcontinente indostánico».

Como dijimos, el islam tuvo su origen en Arabia y fue expandido y propagado por los árabes. De ahí que los países que hablan la lengua árabe, en sus distintas variedades, estiman patrimonio suyo la cultura árabe, asumen el islam, reivindican su identidad árabe y tienen conciencia de su arabidad, y se llaman a sí mismos «países árabes». Hay que distinguir entre éstos y el islam no árabe, únicamente musulmán. Los 280 millones actuales de árabes serán 450 en el año 2020.

El panarabismo es un movimiento de carácter histórico que tiende a la colaboración y unión de todos los estados árabes de Asia y África para la formación de una gran nación árabe. Ello desembocó en la creación en El Cairo de la Liga Árabe que, actualmente, tiene veintidós países asociados. Sin embargo, como se puso de manifiesto en la cumbre de Beirut de marzo de 2002, persisten marcadas diferencias entre sus miembros. En ella se debatió la propuesta de paz de Arabia Saudí entre árabes e israelíes sobre la reiterada base de la creación de un Estado palestino, la retirada de las tropas israelíes de los territorios ocupados y el reconocimiento por todas las naciones árabes del Estado de Israel. La ausencia de los líderes de los países moderados, Jordania y Egipto, debilitó de entrada las pocas probabilidades de éxito de la propuesta saudí. El radical líder libio Gadafi tampoco asistió a tan importante reunión, sin duda por sus discrepancias con dicha propuesta.

Egipto es el país árabe más poblado, con 68 millones de habitantes, la nación-estado árabe más antigua y homogénea, donde la universidad cariota de Al Azhar ha estado durante siglos al frente del pensamiento musulmán. De ahí su protagonismo en la Liga Árabe, aunque su prestigio en el mundo árabe quedara «tocado» tras los acuerdos de Camp Davis I con Israel, que permitieron a Egipto recuperar el Sinaí tras su derrota en 1973.

Como puede deducirse, árabe e islámico no son términos sinónimos. El

islam es, en general, la religión de los árabes, pero la mayoría de los musulmanes no son árabes. Incluso hay árabes cristianos.

Por encima del panarabismo, se manifiesta el panislamismo, que pretende la cooperación de todos los Estados musulmanes y el desiderátum de la unificación de todo el mundo musulmán, no sólo de los árabes. Utopía inalcanzable que persiguen los fundamentalistas islámicos, dado el número de Estados musulmanes existentes, rivalidades entre ellos, enemistades históricas, intereses nacionales dispares, distintos ámbitos geográficos en que se asientan y división religiosa del islam en tendencias y sectas distintas.

Los suníes aceptan la *Sunna* (el «Camino») como interpretación ortodoxa del islam, siendo mayoría. Los chífes, que siempre se han sentido perseguidos por los suníes, no la acatan, y los wahhabíes propugnan la modernización del islam.

Existe desde 1969 la Organización de la Conferencia Islámica, en la que el ingreso está condicionado por la religión.

El Corán es más que un libro de religión con las revelaciones del Profeta. Incluye también buena parte del Código Civil musulmán. El libro sagrado del islam organiza una sociedad más afín que las de otras creencias a un régimen político teocrático jerarquizado. De ahí su difícil aplicación literal en pleno siglo XXI.

Arquetipos de este tipo de régimen han sido el recién derrocado de los talibanes afganos y el de los ayatolás iraníes.

Entre Irán e Irak puede trazarse la línea que separa el islam árabe del que no lo es. Irak es árabe e Irán persa. Mientras en Irán predomina el chiísmo, los suníes han sido tradicionalmente clase dominante en Irak, donde, sin embargo, en el sur del país también hay gran una mayoría chií que siempre ha constituido un problema para Bagdad.

El enfrentamiento ancestral entre árabes y persas se debe, actualmente, aparte de a sus diferencias raciales y religiosas, a disputas territoriales. Irak reivindica territorios iraníes en el delta del Chatt-el-Arab en busca de más amplia salida al mar. La pasada guerra entre ambos países duró ocho años y costó más de medio millón de muertos.

No contribuyen a borrar el pasado y a limar asperezas los regímenes instaurados en ambos países: el de los ayatolás chífes tras la revolución islámica de Jomeini, más atemperado actualmente por Jatami y el autoritario de Sadam Hussein. Éste se mantiene en el poder tras los diez años transcurridos desde el fin de la Guerra del Golfo pese a las sanciones de la ONU, que producen graves trastornos y carestías en la vida de la población civil iraquí que, en gran parte, le apoya. También se ha establecido una zona prohibida de vuelo en el espacio aéreo iraquí al norte del paralelo 36° para preservar a los kurdos de ataques aéreos iraquíes y al sur del paralelo 33° para proteger a los chiítas de Irak. Actualmente se ha recurrido a la fórmula de «sanciones comerciales inteligentes», que permite a Irak cambiar petróleo por alimentos y satisfacer las necesidades mínimas de sus ciudadanos.

En el marco político, económico y cultural del mundo islámico, donde abunda la pobreza, crece la población a mucho mayor ritmo que la riqueza, el avance tecnológico es lento y se registran enormes diferencias entre clases sociales, ha germinado el islamismo o radicalismo islámico, ideológicamente fundamentalista. Esta doctrina aspira a reformar el «corrompido» islam actual, no para modernizarlo, sino para recuperar el aplicado antaño, devolviéndolo así a sus fuentes prístinas fundacionales.

El radicalismo islámico suele culpar a Occidente de todos los males que aquejan al mundo islámico, y sobre todo a los Estados Unidos, principalmente, por su evidente parcialidad en favor de Israel. El sentimiento antinorteamericano por esta causa es compartido por todos los árabes y la mayoría de los musulmanes, no así el odio generalizado hacia Occidente, sobre todo si se materializa en terrorismo, aunque se justifique como *yihad* o «guerra santa».

Sin embargo, según ciertos analistas, hay más de un millón de musulmanes partidarios de la «justa venganza», capaces de apoyar a 100.000 presuntos terroristas dispuestos a colaborar con algunos cientos de suicidas, localizados muchos de ellos, aparte de en Palestina, en países con líderes aliados de los Estados Unidos, como Pakistán o Arabia Saudí. Panorama sumamente inquietante.

Aparte de las archiconocidas Hamas y Al Fatah palestinas y la renombrada Al-Qaeda de Bin Laden, existen muchas organizaciones terroristas, algunas en lucha armada contra los gobiernos establecidos en sus propios países que, por razones de pragmatismo político e intereses económicos, colaboran con los Estados Unidos y otras naciones occidentales.

Tal es el caso de la monarquía reinante en Arabia Saudí, en el punto de mira de radicales islamistas, tanto suníes como chiíes.

La familia de los Al Saud se vanagloria de ser la guardiana de los santos lugares de La Meca y Medina pero, como opinan los islamistas, ha consentido que en la Tierra Santa del islam se asienten tropas «infieles» extranjeras, hollándola sacrílegamente. Arabia Saudí, miembro de la OPEP, nunca ha atendido las propuestas de otros países árabes de utilizar el «grifo» del petróleo como medio de presión para que Occidente se decante más decididamente en favor de los palestinos.

El islamismo radical fundamentalista sustenta una consigna política rotunda e inequívoca: «El Corán es nuestra constitución, el Profeta nuestro guía, la muerte por la gloria de Alá es nuestra mayor ambición».

El terrorismo islámico es el enemigo de Occidente. Enemigo que no hay que identificar con la religión musulmana, ya que muchos de sus fieles deplo- ran lo acaecido el 11 de septiembre de 2001. El enemigo en este caso tampoco es un Estado particular, aunque esta forma de terrorismo de «alto nivel» necesita el apoyo más o menos encubierto de un Estado o Estados para ser efectivo, como se ha demostrado en Afganistán con el régimen del mulá Omar. De

hecho el desaparecido Bin Laden lo obtuvo de Sudán, Yemen y Afganistán, no estando demostrado todavía que tuviera ayuda de Irak.

Tensiones y conflictos

Aparte de los conflictos India-Pakistán e Irak-Irán a los que nos hemos referido en párrafos anteriores, si recorremos las riberas del Índico siguiendo el arco costero de Sudáfrica a Australia, veremos que en muchos de los países que lo cubren la situación dista de ser estable, debido a un sinnúmero de causas: pobreza, superpoblación, movimientos secesionistas, conflictos fronterizos y enfrentamientos religiosos.

En Sudáfrica el fin del *apartheid* no ha traído consigo una redistribución de la riqueza. Más del 40 por 100 de los negros están desempleados y los que no lo están perciben los salarios más bajos. El sida continúa haciendo estragos con cerca del 10 por 100 de enfermos del total de la población. En Tanzania se manifiesta el movimiento separatista de Zanzíbar. En Comores, el de Anjuan, que parece en vías de solución. En Somalia el de Somalilandia, la antigua Somalia inglesa. En Sudán, el del sur del país, que es apoyado por Eritrea, cuyas relaciones con Sudán son muy tensas. En Eritrea la última guerra mantenida contra Etiopía dio lugar a medio millón de desplazados y miles de muertos, con una acusada recesión económica. En Irak sigue latente el perenne problema de los kurdos que también afecta a Irán y Turquía. En la India los movimientos separatistas continúan ensangrentando sus rincones. Aparte del de Cachemira, en el noroeste, en el nordeste se manifiesta el de la región de Assam, situada entre Bután y Birmania. En Bangladesh, la región de Chittogong es escenario de una rebelión endémica de la minoría tibeto-birmana. En Sri Lanka (antes Ceilán) el movimiento secesionista taimil ha dado lugar a atentados, magnicidios, intervención de tropas indias y a una inacabable guerra de guerrillas. En la frontera de la India con Bangladesh, debido al nacionalismo hindú, se han producido graves incidentes armados. Las relaciones de Birmania (Myanmar) con su vecina Tailandia no son buenas y los incidentes fronterizos son frecuentes. En Indonesia hay movimientos secesionistas al norte de Sumatra y en Nueva Guinea, el de Papúa Occidental. En el centro de Borneo una ola de violencia ha sembrado el terror entre la minoría maduresa recientemente inmigrada. En Timor Oriental, tras las masacres cometidas por el Ejército indonesio y su retirada, a la que ha seguido la administración del territorio por la ONU, la antigua colonia portuguesa ha obtenido la independencia. Esta guerra de secesión ha dado lugar a la destrucción del 80 por 100 del país.

Enfrentamientos por motivos religiosos ha habido en el sur de Egipto entre la mayoría musulmana y la minoría cristiano-copta. En Pakistán los hay entre chiíes y suníes. En la India los choques entre hindúes y musulmanes han

acarreado sangrientas consecuencias, como el que tuvo lugar en marzo de 2002 en Panchumahal (Gujarat).

En Indonesia son frecuentes los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes de las Molucas.

Reflexiones

Todo lo expuesto permite calibrar la importancia geoestratégica del Índico.

En Asia se encuentran los Estados más poblados del mundo —China y la India, con un crecimiento económico espectacular—, y el más extenso, Rusia. Este último y China, con gran peso político, ya que son, como es sabido, miembros permanentes con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Los tres son potencias nucleares.

La ingente masa continental asiática almacena la mayor parte de las riquezas naturales y recursos energéticos del planeta.

Por todo ello, en Asia podrían consolidarse en el futuro la potencia o potencias que pudieran comprometer la hegemonía mundial de los Estados Unidos de América.

En este tablero geopolítico el mantenimiento del dominio del Índico, situado en el bajo vientre de Asia, puede ser determinante para la talasocracia norteamericana como factor de equilibrio frente al creciente poder continental de las superpotencias emergentes.

Actualmente, sin necesidad de recurrir al lanzamiento de misiles balísticos desde submarinos, no hay recóndito rincón en los países ribereños que no esté al alcance del alargado brazo del poder naval de los Estados Unidos.

Por otra parte, la importancia comercial del Índico y la conflictividad existente en sus riberas obligan a la explotación del dominio del mar, tanto para la protección del tráfico que lo surca, como hemos dicho de importancia capital para la economía mundial, como para proyectar el poder naval sobre tierra o bien influir por mera presencia en la resolución favorable de una crisis en sus conflictivas riberas. En misiones de control del tráfico, colaboran con la Marina norteamericana otras marinas aliadas, entre ellas, como hemos visto, la española.

Por todo lo expuesto, actualmente la presencia naval norteamericana en el Índico tiene mayor prioridad estratégica para los Estados Unidos que la que mantiene en permanencia en el Mediterráneo desde el fin de la II Guerra Mundial.

La capacidad demostrada por los Estados Unidos para concentrar en pocos días cuatro grupos de combate de portaaviones y dos potentes agrupaciones anfibas en el Índico y proyectar su poder ofensivo sobre tierra, puso palmarientemente de manifiesto el grado de disponibilidad del resolutivo potencial de la Marina norteamericana.

Parece que como consecuencia de esta campaña, el Pentágono va a reconsiderar los objetivos de fuerza recomendados en el estudio titulado *Revisión Estratégica de la Defensa* en lo relativo a los grandes portaaviones de los que no se considera conveniente prescindir sustituyéndolos por otros más pequeños.

En cualquier caso, la necesidad de la aviación naval embarcada en portaaviones se ha puesto de manifiesto, una vez más, ya que tiene la ventaja de no requerir bases aéreas en suelo extranjero, pudiendo situarse en aguas internacionales a distancia conveniente de lanzamiento.

El empleo de los misiles Tomahawk ha confirmado la vigencia de la llamada «diplomacia del Tomahawk», remedando una frase acuñada en el siglo XIX. Este arma proporciona una capacidad de represalia de gran alcance con corto tiempo de preaviso y escasa posibilidad de reacción. Lejanos quedan los tiempos de la limitada «diplomacia de la cañonera», eficaz contra adversarios mucho más débiles.

En las riberas del Índico dos potencias destacan por sus perspectivas de futuro: India y Australia. Ambas, ricas en recursos, y la primera, una de las más pobladas del mundo, con poderoso armamento nuclear y convencional. La India, dos veces derrotada por China (1960 y 1962), percibe a ésta como amenaza a su seguridad. De ahí su acercamiento a Rusia y su decidida apuesta por armas nucleares.

Australia, a caballo del Índico y del Pacífico, ocupa una isla-continente con una extensión territorial de más del doble de toda la superficie de la India e inmensos recursos naturales, pero con una densidad de población de tan sólo 2,5 habitantes por km² y escaso crecimiento vegetativo. Éste es un factor de debilidad para llegar a alcanzar el *status* de gran potencia en un futuro previsible, aunque se vuelva a reactivar su economía una vez superada la recesión actual. Difícilmente podría la inmigración llenar este vacío.

La Unión India podría llegar a alcanzar la condición de primera potencia regional en el Índico si lograra consolidar su coexistencia interna, difícil de mantener en un país multirracial, multicultural, con profundas escisiones sociales y fanatismos religiosos excluyentes y donde hay quince lenguas vernáculas oficiales aparte del inglés, única común a todos sus ciudadanos. En un país tan complejo el riesgo de desmembración está siempre presente.

El fenómeno del separatismo periférico abunda como hemos visto en las riberas del Índico. Se puede paliar con altas dosis de pragmatismo político que respete «hechos diferenciales» y delegue atribuciones estatales, pero haciendo entender que la generalización del principio de la autodeterminación, llevado al límite, es imposible de aplicar. El respeto por los Estados consolidados a las particularidades de las minorías que habitan en su seno, no confiere a todas ellas el derecho a erigirse en miniestado soberano. Cuanto mayor sea el número de «Estados» en el mundo, menor será la capacidad estatal para proporcionar prosperidad a sus ciudadanos y más menguadas las posibilidades de mantener una paz universal.

Actualmente, apenas llegan a doscientos los Estados soberanos, pero se hablan más de 600 grupos de lenguas vivas y se estiman en 5.000 las culturas societarias. En consecuencia, es inmenso el potencial conflictivo del pretendido derecho a la autodeterminación por estas causas. Por otro lado la autodeterminación no está incluida en la Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU, fue sólo una recomendación de ésta para casos de descolonización.

A partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, algunos analistas han interpretado estos luctuosos sucesos como ilustración de la tesis del profesor norteamericano Samuel Huntington sobre un supuesto choque de civilizaciones (título de la obra, *Clash of Civilizations*).

Indudablemente existe en muchas partes del mundo un rechazo al reconocimiento de determinados valores impuestos como universales, ya que estiman que provienen exclusivamente de la civilización occidental, en su mayoría de raíz judeocristiana, lo que equivale a negar las características distintivas de otras culturas. En general en todo el mundo musulmán se está produciendo actualmente un resurgimiento islámico como reacción a las imposiciones culturales e influencia de Occidente.

Pero la tesis del choque de civilizaciones, simplista y explosiva, no resiste el contraste con la realidad. No hay choque violento entre cristianismo e islamismo. Muchísimo más violentos han sido y son los existentes entre Estados musulmanes o, en el seno de ellos, entre facciones políticas, grupos étnicos o entre sectas o tendencias religiosas.

Pakistán, el único Estado musulmán con capacidad nuclear, ha estado al borde de la insurrección civil, al permitir el presidente Musharraf el uso del espacio aéreo paquistaní a los aviones que atacaron Afganistán, pero al final prevaleció el pragmatismo gubernamental que también se vio obligado a desmantelar e ilegalizar a más de un centenar de organizaciones islámicas radicales.

El enemigo de Occidente es el terrorismo, producto del radicalismo islamista, cuyo caldo de cultivo está en los países musulmanes de la ribera del Índico. Contra él no se puede bajar la guardia.

El conflicto palestino es el que proporciona más oxígeno a los sentimientos antinorteamericanos de todo el mundo árabe y a la mayoría del musulmán. Los Estados Unidos deberían reconsiderar su política de apoyo a Israel en su propio interés. Pero las declaraciones del presidente Bush en julio de este año parecen confirmar que dicha política seguirá aplicándose. En la más reciente iniciativa de paz, las discrepancias de la ONU, la UE y Moscú con Washington se han puesto, una vez más, de manifiesto.

Gandhi decía que el problema de la Ley del Talión era su aplicación, ya que al final dejaba ciego y sin dientes a todo el mundo. Yo añadiría, con la particularidad de que antes se quedarían ciegos todos los israelíes que son una minoría insignificante incrustada en medio de la ingente población árabe que,

con tendencia a aumentar, la rodea. Paradójicamente Israel nunca ha sido tan poderoso y al mismo tiempo tan vulnerable. Si no se aviniera a un acuerdo justo con sus vecinos para convivir con ellos plenamente integrado en su entorno regional, a largo plazo, el porvenir del «Tercer Templo» no parece muy prometedor.

Entre los Estados tildados por el presidente Bush de rufianes (*rough States*), están dos ribereños del Índico: Irán e Irak.

Es probable que Irak tenga armas bacteriológicas y químicas y que pueda disponer de armas nucleares en un futuro próximo. De ahí la postura norteamericana de impedir su uso, si es preciso, recurriendo *in extremis* a una nueva y preventiva «Guerra del Golfo» para derrocar al tiránico y poco fiable régimen de Sadam Hussein. Pero, antes de tomar tan grave decisión sin pleno respaldo de la ONU, es obvio que los dirigentes norteamericanos tendrán que considerar que:

- Su incidencia en el conflicto de Palestina y en la todavía incompleta pacificación de Afganistán, así como su repercusión en todo el mundo musulmán, pudiera ser onerosa y perjudicial.
- Sin el consentimiento de la ONU un ataque unilateral carecería de legalidad y no tendría un mayoritario apoyo internacional.
- Obligar a Irak a cumplir todas las resoluciones de la ONU y permitir a Israel que no lo haga puede parecer a la comunidad internacional carente de ética y lógica.
- Si el concepto de «prevención» de un probable ataque sustituye al de «respuesta», se establece un precedente muy peligroso en situaciones de tirantez entre Estados.

Por todo ello, los Estados Unidos tratan de negociar con los miembros reticentes del Consejo de Seguridad de la ONU una resolución en la que Irak pudiera ser atacada si no se aviniera sin reservas a una inspección.

De no lograrlo —ceñirse estrictamente al mandato de la ONU hizo que en 1991 no se acabara definitivamente con Sadam Husein—, al presidente actual, que ya cuenta con el respaldo del Congreso de los Estados Unidos, se le plantea el dilema de juzgar si la inacción actual pudiera ser más peligrosa que la acción por sus consecuencias futuras.

